

§ III. Deberes del apologista y del exégeta.—La amplitud de criterio: S. Agustín y Sto. Tomás: enseñanzas de la Iglesia. — Los dos focos de luz.—El respeto á los SS. Padres.—La libertad exegético-científica.—Testimonios de insignes apologistas.

Preguntábamos en el principio del párrafo anterior, cómo debía el apologista católico combatir las actuales tendencias pseudo-científicas. Ya hemos visto que no es buena táctica la pusilanimidad, y que el criterio de los intransigentes es perjudicial para la causa de la verdad científica y religiosa.

Se comprende, en general, que, para poner remedio á los males causados por el desbordamiento de las doctrinas modernas es deber de los buenos apologistas, como hemos dicho en otra ocasión (1), «volver por los fueros de la verdad conculcada, advertir á los incautos, fortalecer á los vacilantes, preservar del peligro á los débiles, confundir á los obstinados y vencer á los muchos amantes sinceros de la verdad que, á pesar de

„Nihil enim magis oportere ducimus, quam ut plures validioresque nanciscatur veritas propagatores, quam sentiat adversarius neque res ulla est que magis persuadere vulgo possit obsequium veritatis, quam si eam liberrime profiteantur qui in laudata aliqua præsent facultate. Quin facile etiam cessura est obtrectatorum invidia, aut certe non ita petulanter jam traducere illi audebunt inimicam scientiæ, fidem, quam viderint á viris scientiæ laude nobilibus summam fidei honorem reverentiamque adhiberi.—Quoniam igitur tantum si possunt religioni importare commodi, quibus cum catholice professionis grala felicem indolem ingenii benignum Numen impertit ideo in hac acerrima agitatione studiorum que Scripturas quoquo modo attingunt, aptum sibi quisque eligant studii genus, in quo aliquando excellentes, objecta in illas improbe scientiæ tela, non sine gloria, repellant.», Enc. Providentissimus.

(1) *Vindicación*, etc., *lug. cit.*, art. I y II.

su buena fe, se hallan afiliados al error, por haberse educado en él desde niños, ó por haberse dejado incautamente engañar. Estos últimos, rarísimos en nuestra patria, forman, con todo, la mayoría en las naciones vecinas, y la formarán con el tiempo en la nuestra, si Dios no detiene los progresos de la indiferencia glacial que apaga los entusiasmos generosos del espíritu.

«Mas para conseguir ese objeto nobilísimo y capital en todos los que estamos llamados al sagrado ministerio, es preciso modificar algún tanto el rumbo de nuestros estudios clásicos, y amoldarnos en un todo á las necesidades de la época, según los ejemplos que nos han dado los santos doctores en todos los siglos. Debemos estudiar á fondo las ciencias modernas, servirnos de sus clarísimas luces é inapelables testimonios, apoderarnos de todos los nuevos descubrimientos, antes de que caigan en manos de los adversarios, que con fraude y engaño los harán servir á su partido. Ya el Divino Salvador nos avisó diciendo (1) que *los hijos de este siglo suelen ser más prudentes que los hijos de la luz*... La mayor imprudencia que podemos cometer en nuestros días, en que todas las ciencias han emprendido tan rápido vuelo, es querer resistir á esa irresistible corriente, es mostrarnos medrosos y desconfiados ante los nuevos descubrimientos; pues esto sería dar ocasión á nuestros adversarios para que libremente se apoderen de ellos, y nos tachen de ignorantes, de retrógrados y enemigos de la ciencia».

El amor y cultivo de las ciencias: tal es uno de los primeros deberes del apologista, que como consecuencia general se deduce del párrafo precedente.

(1) *Luc.*, XVI, 8.

Además de ese, tiene el apologista otro principalísimo, y es, que al cultivar las ciencias, al acudir á las teorías en boga, no ha de proceder con estrechez de criterio, sino con la santa libertad que nos concede la Iglesia, sin temer las novedades legítimas por odio á las peligrosas, y sin aferrarse jamás á opiniones científicas ó exegéticas, en otros tiempos respetables, pero hoy inútiles ó nocivas.

«La primera condición de éxito, escribe Duilhé (1), en esta lucha formidable con el error contemporáneo, con la negación total, es dejar al apologista la libertad de sus movimientos. Su tarea es bastante difícil, bastante árdua, para que se obstruya su camino, se dificulten sus operaciones y se recarguen sus espaldas con opiniones de escuela, doctrinas particulares é interpretaciones más ó menos respetables, pero libres, en filosofía, teología y exégesis... Los Padres y Doctores de la Iglesia, en todo lo que no era de la esencia misma de la fe, profesaron opiniones distintas, abriendo caminos nuevos, apropiándose toda luz sagrada ó profana y preparando así el gran edificio teológico. Lo mismo sucedió en las fecundas épocas de la Edad media....

«¿Cómo hubieran podido sin esto organizar, sistematizar la doctrina y componer una *Suma Teológica*? Para semejante obra, para volar á estas alturas, preciso es desplegar libremente las alas...

»Hoy, como en las épocas de iniciación, como en los siglos doce y trece, se necesitan moldes nuevos, bastante anchos para contener las formas nuevas del progreso y todas las conquistas de la ciencia; la juventud eterna de la Iglesia necesita la Suma teológica de los tiempos modernos.

(1) *Obra cit.*, pág. 87 y sig.

»El que ha recibido la hermosa y fecunda misión de defender la fe conmovida en sus cimientos, de iluminar las conciencias profundamente turbadas en sus creencias queridas, preciso es que pueda marchar sin temor hacia el fin.... Fijos los ojos en sus modelos de los grandes siglos cristianos; atento siempre á las menores señales de la Iglesia y de la Santa Sede, no debe preocuparse por las admiraciones de la rutina y las susceptibilidades doctrinales, respetables sin duda; pero en las que la costumbre desempeña un gran papel y la ortodoxia no figura para nada».

Por esta amplitud de criterio, aquí tan encarecida por Duilhé, abogaron, entre otros doctores, las dos grandes lumbreras de la Iglesia, S. Agustín y Sto. Tomás de Aquino.

«Multum nocet, escribe Sto. Tomás (1), talia quæ ad pietatis doctrinam non spectant, vel asserere vel negare quasi pertinentia ad sacram doctrinam... Mihi videtur tutius esse ut hujusmodi, quæ philosophi communiter senserunt et nostræ fidei non repugnant, nec sic esse asserenda ut dogmata fidei, etsi aliquando sub nomine philosophorum introducantur, nec sic esse neganda tamquam fidei contraria; *ne sapientius hujus mundi contemnerentur doctrinam fidei occasio præbeatur*».

No de muy distinta manera se expresaba S. Agustín cuando con tanto encarecimiento nos encarga que

(1) *Opúsculo IX* ad J. de Vereellis,—principio.—Y en otro lugar dice así, «Auctoritati Scripture in nullo derogatur dum diversi modo exponitur, salva tamen fide; quia majori veritate cum Spiritus Sanctus fecundavit, quam aliquis homo advenire possit... Y en otro lugar (1.<sup>a</sup> P., q. 68, a. 1): «Cum Scriptura divina multipliciter exponi possit, nulli expositioni aliquis ita præcise inhæreat, ut, si certa ratione constiterit hoc esse falsum quod aliquis sensum Scripture esse credebat, id nihilominus asserere presumat, *ne Scriptura ex hoc ab infidelibus deridatur, et ne eis via credendi præcludatur*». Sto. Tomás, *In II Sent. dist. XII, quest. I, art. 2, ad 7.<sup>o</sup>*

«procuremos mostrar que no se opone á nuestros Sagrados Libros nada de todo aquello que los sabios de este mundo hayan podido con documentos veraces demostrar acerca de la naturaleza de las cosas» (1); añadiendo enseguida estas memorables palabras: «*neque falsa philosophia loquacitate seducamur, neque falsa religionis superstitione terreamur*». Sobre lo cual insiste más adelante (2), diciendo: «*Recte (loqui) est autem veraciter atque congruenter, nihil audacter refellendo, nihil temere affirmando, dum adhuc dubium est verum falsumne sit, sive fidei, sive scientiæ christianæ; quod autem doceri potest vel rerum ratione apertissima, vel Scripturarum auctoritate certissima, sine cunctatione asserendo*».

La misma amplitud de criterio recomienda en su admirable Encíclica *Providentissimus* el sapientísimo Pontífice León XIII, reproduciendo la doctrina de San Agustín. Mas ¿cómo ha de aplicarse hoy esa amplitud de criterio?

Doctrina católica es que no cabe la menor oposición entre la ciencia y la fe: la oposición puede estar sólo entre la falsa ciencia y la verdadera fe, ó entre la verdadera ciencia y lo que falsamente pudiera atribuir á la fe cualquier doctor particular (3). Es, pues, deber

(1) *De Genesi ad litt.*, lib. I, cap. 19.—Y en la misma obra (lib. I, cap. 18) dice el gran Doctor, entre otras cosas, lo que sigue: «*In rebus obscuris atque a nostris oculis remotissimis, si qua inde scripta etiam divina legerimus, que possint, salva fide qua imbimur, alias atque alias parere sententias, in nullam eorum nos precipite affirmationem ita projiciamus, ut, si forte diligentius discussa veritas eam recte labefactaverit, corruamus; non pro sententia divinarum Scripturarum, sed pro nostra ita dimicantes, ut eam velimus Scripturarum esse que nostra est, eam potius eam, que Scripturarum est, nostram esse velle debeamus*».

(2) *Ibid.*, lib. VIII, cap. 1.º

(3) «*Nulla unquam inter fidem et rationem vera dissensio esse potest... Sed opem quoque sibi mutuam ferunt... Nec sane ipsa (Ecclesia) vetat ne hujusmo-*

riguroso del exégeta y del apologista católico examinar tanto las doctrinas científicas como las que pasan á veces por dogmáticas, para no confundir lo verdadero con lo falso, lo razonable con lo gratuito, lo cierto y auténtico con lo probable y dudoso. Si alguna vez notáremos oposición verdadera entre la ciencia y alguna interpretación bíblica, estemos seguros de que, ó se ha entendido mal el texto de la divina Escritura, y se ha dado por interpretación auténtica lo que no lo era, ó bien de que se ha cometido error en lo que pasa por demostración científica. «Cuando se presenta á nuestro espíritu, dice el Cardenal González (1), una contradicción más ó menos aparente entre la ciencia y la Biblia, podemos y debemos estar seguros de que la contradicción desaparecerá con el progreso simultáneo de la ciencia y de la exégesis, según ha sucedido ya en varias materias y cuestiones de esta índole».

Todo lo que la ciencia nos proponga con entera seguridad como *cierto*, como evidentemente *demostrado*, es nuestro deber respetarlo, según la sentencia de San Agustín reproducida por León XIII, y mostrar que no se opone absolutamente á nada de nuestros Sagrados Libros; y todo lo que los sabios de este mundo pretendan

di disciplina, in suo quoque ambitu, propriis utantur principiis et propria methodo... Conc. Vat. *Const. de Fide*, cap. IV.

Y León XIII, en la citada Encíclica *Providentissimus Deus*, enseña: «*Nulla quidem theologum inter et physicum vera dissensio intercesserit, dum suis uterque finibus se continent, id caventes, secundum S. Augustini monitum, "ne aliquid temere et incognitum pro cognito asserant. "Sin tamen disseverint, quemadmodum se gerat theologus, summatis est regula ab eodem oblata: "Quidquid, inquit, ipsi de natura rerum veracibus documentis demonstrare poterint, ostendamus nostris Litteris non esse contrarium, quicquid autem de quibuslibet suis voluminibus his nostris Litteris, id est, catholice fidei, contrarium protulerint, aut aliqua etiam facultate ostendamus, aut nulla dubitatione credamus esse falsissimum*».

(1) *Ob. cit.*, *Prólogo*, p. XLIV.

aducir en contra de la verdadera fe católica, de la interpretación auténtica de la Sagrada Escritura, no vacilemos en reconocerlo como una pura falacia; antes procuremos refutarlo, seguros de que se podrá demostrar su falsedad, ó por lo menos su incertidumbre, con argumentos científicos (1).—Firmes, por una parte, en las verdades de fe, y por otra en las científicas, podemos proceder con la amplia libertad que la Iglesia nos concede, confiados de no dar en ningún escollo y de poder desvanecer todo aparente conflicto. Aquellos dos focos de luz nos permitirán descubrir muchos errores é inexactitudes, y nos facilitarán el medio de evitarlos y aun de refutarlos. Así como las verdades dogmáticas pueden esclarecer muchos puntos oscuros de la ciencia, así las verdades científicas pueden ilustrar el dogma, desvanecer ciertos enigmas, aclarar varios pasajes difíciles de las Santas Escrituras y facilitar su debida inteligencia. Cuanto en el terreno científico hallemos en abierta oposición con alguna verdad dogmática, lo debemos reconocer desde luego por falso ó inexacto; y así podemos refutarlo con entera seguridad ó interpretarlo de otro modo más razonable y científico, á la vez que en armonía con la divina Revelación (2). De la misma manera, cuantas afirmaciones hallemos en el terreno exegetico, opuestas á verdades científicas evidentes, no vacilemos en reconocerlas por equivocadas; y procedamos á

(1) V. S. Tomás, 1.<sup>a</sup> P. q. I, a. 8.

(2) "Quamquam ea, que speculatores naturæ certis argumentis certa jam esse affirmarint, *interpres ostendere debet* nihil Scripturæ recte explicatis obistere, ipsum tamen ne fugiat, factum quandoque esse, ut certa quedam ab illis tradita, postea in dubitationem adducta sint et repudiata. Quod si physicorum scriptores terminos disciplinæ suæ transgressi, in provinciâ philosophorum perversitate opinionum invadant, eas *interpres theologus philosophis mittat refutandas.*" León XIII, *Ibid.*

examinar más á fondo los pasajes correspondientes de la Escritura, y darles una interpretación legítima y razonable, de modo que no los expongamos á la burla de los incrédulos (1), en estos casos es una necesidad, una obligación rigurosa, modificar las interpretaciones corrientes, por muy respetables y autorizadas que parezcan; pues el mismo Soberano Pontífice nos propone como un deber el interpretar los pasajes libres siempre en armonía y nunca en oposición con la verdadera ciencia. Si la interpretación de la Escritura es auténtica, no hay que temer que, en su genuina expresión, se oponga realmente á ninguna verdad científica. Y si, á pesar de eso, notáremos cierta oposición, podemos estar seguros de que ésta es sólo aparente, ó de que, como advierte el mismo Pontífice, en la ciencia se había dado por cierto lo que no lo era, lo que estaba sujeto á ser desmentido con el tiempo.

En todo lo demás podemos proceder con entera libertad, con tal de que sea razonable y prudente, y cuidando de guardar el debido respeto á los Santos Padres

(1) "Insistent eruditi in his tanquam principiis, que supra á Nobis prefinita sunt; fideliterque teneant, Deum, conditorem rectoremque rerum omnium, eundem esse Scripturarum auctorem: nihil propterea ex rerum natura, nihil ex historicæ monumentis colligi posse quod cum Scripturis revera pugnet. Si quid ergo tale videatur, id sedulo submovendum, tum adhibito prudenti theologorum et interpretum judicio, quidnam verius verisimiliusve habeat Scripturæ locus, de quo disceptetur, tum diligentias expensa argumentorum vi que contra adducantur. Neque ideo cessandum, si qua in contrariam speciem etiam tum resideat; nam, quoniam verum vero adversari haudquaquam potest, certum sit aut in *scrorum interpretationem verborum, aut in alteram disputationis partem errorem incurrisse*: neutrum vero si necdum satis apparet, cunctandam interea de sententia. Per multa enim ex omni doctrinarum genere sunt diu multumque contra Scripturam jactata, que nun, utpote inania, penitus obsolevere: item non pauca de quibusdam Scripturæ locis (non proprie ad fidei normamque pertinentibus regulam) sunt quædam interpretando proposita, in quibus rectius postea vidit acior quædam investigatio. Nempè, opinionum commenta delet dies; sed *veritas manet et invalescit in æternum.*" León XIII, *Ibid.*

y exégetas respetables, así como también á los hombres de ciencia. Mientras estos no digan nada contra las verdades católicas, contra las interpretaciones auténticas de la Escritura, guardémosnos de ocasionar enojosos conflictos condenando en nombre de la fe lo que la Iglesia tolera ó quizá autoriza.

Y en cuanto á los SS. Doctores, es muy de notar que el respeto á ellos no implica *obligación* de seguir sus opiniones particulares. De ellas podemos separarnos, así como también del sentido más obvio de la Escritura (1), y aun de la interpretación más común y respetable (con tal que no sea auténtica), siempre que para ello tuviéremos *alguna razón legítima*, siempre que otra interpretación ú otro sentido literal nos parecieren *más razonables ó más conformes con la verdadera ciencia*, según lo enseña Sto. Tomás (2) y lo confirma el Papa: «*In his que*

(1) \*El sentido literal obvio, escribe el Cardenal González (*ob. cit.* t. I, página 487) no siempre es el verdadero, ni menos excluye otros sentidos é interpretaciones, que pueden ser la expresión de la verdad bíblica y á la vez de la verdad científica... La exégesis católica, representada por S. Agustín y Santo Tomás, presentaba moldes bastante amplios para recibir en su seno los datos y conclusiones y hasta las hipótesis de la ciencia moderna..

(2) *In II Sent.* dist. 2.<sup>a</sup>, q. 1.<sup>a</sup>, a. 3.—Este luminoso principio, tan frecuentemente citado, lo expone el Sto. Doctor de la siguiente manera: \*Circa inceptiorem rerum, Sancti, convenientes in eo quod fidei est, scilicet quod nihil est ab aeterno præter Deum, varia ad minus quantum ad verborum superficiem dixisse inveniuntur in his que de necessitate fidei non sunt, in quibus licet eis diversimode opinari, sicut et nobis..

Y en el mismo artículo, despues de consignar una opinión común y respetabilísima (\**communiter tenetur, quod angelus non est factus ante corporalem creaturam, hoc enim probabilius videtur.*), termina diciendo: \**Alteri sententia præiudicandum non est, quia non est demonstratum, nec fide expressum.*

Más adelante (dist. XII, q. 1. a. 2) está aún más explícito, diciendo, entre otras cosas muy á nuestro propósito, y que á su tiempo consignaremos, lo siguiente: \**Quædam sunt per se de substantia fidei, ut Deum esse trinum et unum, et huiusmodi; in quibus nulli licet aliter opinari... Quædam vero per accidens tantum, in quantum scilicet in Scriptura traduntur, quam fides supponit Spiritu Sancto dicente promulgatam esse..* et in his etiam Sancti diversa senserunt,

*de necessitate fidei non sunt, licet Sanctis diversimode opinari sicut et nobis.*

No se requiere, pues, para poder dejar el sentido literal más obvio ó la interpretación más general, que haya *razones demostrativas* que obliguen á ello (como algu-

*Scripturam divinam diversimode exponentes..*—Pero el principio capital, que hoy más que nunca debe servir de norma á los exégetas para usar con acierto de esta libertad de exposición en los pasajes libres, lo consigna el Sto. Doctor, de acuerdo con San Agustín, al fin del cuerpo del mismo artículo, por estas memorables palabras, dignas de grabarse con letras de oro: \**Sic Scripturæ exponantur, quod ab infidelibus non irrideantur.*—Es de advertir que este principio lo establece para defender una opinión contraria á la comunión y más consona litteræ quantum ad superficiem, pero que, á pesar de eso, *le gusta más, por ser rationabilior, et magis ab irrisione infidelium sacram Scripturam defendens.*—V. *Id. ib. a. III; Quodlib. 7.<sup>o</sup>, q. 6. V. también, infra, §. VII.*

Conviene además tener muy presentes las proposiciones establecidas por Melchor Cano (*De Locis*, lib. VII, c. 3): \**Sanctorum auctoritas, sive paucorum, sive plurium cum ad eas facultates afferatur que naturali lumine continentur, certa argumenta non supponit: sed tantum pollet, quantum ratio nature consentanea persuaserit.*

\**Plurium Sanctorum auctoritas, reliquis licet paucioribus reclamantibus, firma argumenta theologo sufficere et prestare non valet.*

\**Omnium etiam Sanctorum auctoritas in eo genere questionum, quas ad fidem diximus minime pertinere, fidem quidem probabilem facit, certam tamen non facit.*

\*Si los Padres procedían alguna vez de una manera propiamente científicas, escribe Vigouroux, entonces no hallaban ninguna luz especial en los Libros Santos, aparte del dogma de la creación; hablaban, por consiguiente, no como depositarios y testigos de la tradición católica, sino como doctores particulares, y sus aserciones son por lo mismo puramente personales y no implican de ninguna manera la responsabilidad de la Iglesia. Su testimonio constituye autoridad en materia de dogma y de moral, pero no la constituye en materia científica... Su ciencia era la de su siglo, y por consiguiente, una ciencia defectuosa... Ni la tradición patristica, ni tampoco la autoridad de la Iglesia, han determinado y fijado jamás el sentido científico del primer capítulo del Génesis. Los Padres, del mismo modo que los teólogos que les siguieron, lo entendieron unos en un sentido y otros en otro; por consiguiente no hay, hablando con propiedad, interpretación tradicional de la cosmogonía mosaica, y el exégeta de nuestros días tiene el derecho de escoger la interpretación que le parezca más conforme con los datos de la verdadera ciencia. Y aun podemos añadir, que si

nos (1) pretenden; porque ante *razones demostrativas*, no sólo *podíamos*, sino que *debíamos* seguir otra interpretación y otro sentido, y no nos sería lícito *opinar*, como quiera que lo *cierto* y lo *demostrado* estaríamos obligados á abrazarlo. Basta, *por lo tanto, un motivo prudente, una razón seria* (2), como el mismo León XIII lo da á entender claramente cuando, con palabras de San Agustín, enseña que «no debe uno apartarse del sentido literal que parece más obvio, á no ser que ALGUNA RAZÓN le prohíba sostenerlo ó la NECESIDAD le obligue á dejarlo». Toda vez que el Papa contrapone una simple *razón* y una *necesidad*, es claro que no exige *razones demostrativas*,

Los antiguos escritores eclesiásticos no se pusieron de acuerdo en la manera como convenía explicar el relato mosaico, fué porque se hallaban sólo en presencia de hipótesis no demostradas, fué porque carecían del comentario autorizado que nos ofrecen hoy sobre varios puntos la geología y la paleontología. El teólogo de nuestro siglo no hace más que caminar sobre las huellas de los Padres, y conformarse á sus principios, al interpretar la palabra de Dios con la ayuda de las luces que le suministra la ciencia... *Está obligado á servirse de los descubrimientos científicos*, cuando son ciertos, para fijar el sentido de los puntos de la Biblia que aquellos pueden aclarar. En esto, lejos de ser infiel á la tradición de la Iglesia, no hace más que seguir los ejemplos de lo pasado... Vigouroux, *La Cosmogonie Mosaique que d'après les Pères de l'Eglise*, 2.<sup>a</sup> ed. 1889, p. 17 y siguientes.

\*Las enseñanzas ciertas, añade Dullhé (*Apología*, p. 101) y las *hipótesis verdaderamente serias* de la ciencia, pueden constituir uno de los elementos indispensables para fijar «el verdadero sentido del texto».

(1) El P. Brecker, que trata esta cuestión por extenso (*Questions actuelles d'Écriture Sainte*, 1895, p. 209 y sig.) hace ver muy bien cómo los Santos Padres se creyeron dispensados de seguir el sentido literal más obvio, siempre que tuvieron algún *motivo serio, alguna razón* para abandonarlo; y que el supuesto principio de que no se puede abandonar dicho sentido sin una *razón cierta*, sin una *necesidad evidente*, fué el que indujo en error á los teólogos que contribuyeron á la condenación de Galileo. Ese principio, añade, es falso y desconocido de la tradición patristica; «en vano se le buscará en los Padres, en los grandes exégetas de la edad media y de la época del Concilio de Trento... Nació sólo de una reacción exagerada contra los abusos de la interpretación individual». V. Id. p. 131, 213, 257, 16.

(2) Por ej. el Sr. Valbuena, con otros intransigentes.

así como no las había exigido San Agustín (quien con palabras y ejemplos mostró tantas veces lo contrario); sólo exige *razones buenas y legítimas* (1).

Y para que éstas sean tales y no lleguen á *necesidad*,

(1) Por aquí se verá en cuán lamentables confusiones incurre el Sr. Valbuena (*Aug. cit. crata* IV. V. XXI), al querer autorizar el pretendido principio de los intransigentes, esto es, que se requieren *razones demostrativas*, con la doctrina evidentemente contraria del Papa, de San Agustín y de Santo Tomás.

He aquí lo que enseña León XIII hablando en general de la libertad del exégeta: «Privato cuique doctori magnus patet campus, in quo tuta vestigia, sua interpretandi industria preclare certet Ecclesieque utiliter. In locis quidem divina Scripturae qui expositionem certam et definitam adhuc desiderant, efficit ita potest, ex suavi Dei providentis consilio, ut quasi preparato studio, iudicium Ecclesie maturetur; in locis vero iam definitis potest privatur doctor aequo prodesse, si eos vel enucleatis apud fidelium plebem et ingeniosius apud doctos edisserat, vel insignis evincat ab adversariis... Y recordando el respeto que se debe á los Santos Padres, aun como simples doctores privados, añade: «Quare interpres suum esse noverit, coram et vestigia reverenter persequi et laboribus frui intelligenti delectus... Neque ideo tamen viam sibi putet obstructam, quo minus, ubi *justa causa* adfuerit, inquirendo et exponendo vel *altera procedat*, modo præceptioni illi, ab Augustino sapienter proposita, religiose obsequatur, videlicet, a litterali et veluti obvio sensu minime discendum, nisi *qua cum vel ratio tenere prohibeat vel necessitas cogat dimittere*...»

Por donde se ve que el respeto debido á los Santos no implica obligación de seguirlos, cuando hay *justos motivos* para proceder de otro modo. Aun más: pueden darse casos en que sea necesario seguir una nueva interpretación. Venmos, sino, lo que añade el Papa:

«Quod vero defensio Scripturae sanctae agenda strenue est, non ex eo omnes aequo sententia tuendo sunt, quas singuli Patres aut qui deinceps interpretes in eadem declaranda ediderint; qui, prout erant opinionibus actatis, in locis edisserendis ubi physica aguntur, fortasse non ita semper judicaverunt ex veritate, ut quaedam posterius, que *nunc minus provenerunt*. Quocirca studioso dignoscendum in illorum interpretationibus, quoniam reapse tradant tanquam spectanda ad fidem aut cum ea maxime copulata, quaedam unánimí tradant consensu; namque «in his que de necessitate fidei non sunt, licuit Sanctis diversimode opinari, sicut et nobis», ut est S. Thomae sententia... «Ea, que speculatores nature certis argumentis CERTA JAM ESSE affirmarint, interpretes ostendere debent nihil Scripturis recte explicatis obistere...» Así, pues, en las cosas que no están aún definidas, que no son de *necesitate fidei*, *podemos* seguir libremente la opinión que tengamos por razonable, «porque así lo enseña Santo Tomás, porque así lo declara el Papa, contra lo que dice el Sr. Valbuena. Y cuando las razones son ya *ciertas*, entonces no sólo *podemos*, sino que *debemos* abandonar la interpretación tradicional.

basta un *motivo prudente*, basta que al sentido que parecía más natural se opongan las teorías científicas más acreditadas: si para salvar aquel sentido,uviésemos que ponernos en pugna con ellas, expondríamos las Santas Escrituras á las burlas de los impíos, contra lo que con tanto empeño nos recomienda Sto. Tomás: *Sic Scripturæ exponantur, quod ab infidelibus non irrideantur.*

La Iglesia, pues, nos concede una muy amplia libertad exegética y, con ella, la de abrazar las nuevas teorías, siempre que sean verdaderamente *razonables*. Y por lo mismo, el apologista no debe alarmarse por ningún descubrimiento, por ninguna novedad deslumbradora que, aunque aparente ser peligrosa, tiene el atractivo de la verdad; antes debe alentarse á provocar nuevos descubrimientos, á examinar y completar las nuevas doctrinas, entendiendo que la fe nada tiene que temer, sino mucho que esperar de la verdadera ciencia. Lo único temible, según hemos visto ya, es la falsa ciencia ó la ciencia incompleta, que es la que ocasiona conflictos; y para desvanecerlos, no hay medio más á propósito que completarla.

«Los intérpretes de la Biblia, dice con razón el Padre Monsabré (1), no están menos obligados que los hombres de ciencia á velar sobre sí mismos, si no quieren comprometer la nobleza y santidad de su misión. Absténganse, pues, de toda desconfianza injusta para con los doctos, recordando que el hombre no perdió por el pecado ni el derecho ni el poder de sondear los secretos de la naturaleza; y que es una bajeza de espíritu el considerar como otros tantos conspiradores, enemigos

(1) *Carême* 1875, p. 32.

de la fe, á los que consagran su vida á registrar los resultados de la experiencia, y el estar siempre dispuestos á desmentirles sus descubrimientos, por temor de que se hallen en oposición con la palabra de Dios. Un creyente que se respeta á sí mismo no padece esos temores. Nada teme de la falsa ciencia, porque ésta queda siempre confundida; nada de la verdadera, porque ésta se halla siempre de acuerdo con la verdad. Los intérpretes de la Biblia no han agotado aún todos los sentidos del texto sagrado.

«Mientras la Iglesia no se haya declarado por un comentario, fijándolo por una definición de fe, se puede ensayar otro nuevo sentido, aun cuando éste difiriese del de los antiguos doctores. Aun más, la exégesis tiene el deber de rectificar las interpretaciones añejas cuando la experiencia nos convence de su insuficiencia ó falsedad».

Estos avisos nunca han sido más necesarios que hoy, cuando la libertad exegética se ha hecho oportunísima. «Jamás ha sido mayor, dice d' Estienne (1), la oportunidad de esta libertad exegética. Por todas partes la ciencia irreligiosa ú hostil ataca á nuestros Libros Santos y los ridiculiza. Con una hostilidad, algunas veces sincera, pero las más de ellas pérfida, la crítica racionalista ó llamada *libre-pensadora* explota contra ellos las opiniones particulares de los comentadores, las antiguas interpretaciones abandonadas ó vueltas inverosímiles en los recientes progresos de las ciencias de observación, procurando presentar estas interpretaciones y estas opiniones como impuestas por la Iglesia á la creencia de los fieles. Los cristianos probados se afligen, los vacilantes

(1) *Lug. cit.* pág. 482.

quedan alborotados é inquietos; muchos se desvían del camino de la verdad. Finalmente en nuestro tiempo, ya se celebre esto ó se deplore, ello es un hecho irrecusable, que sabios ó ignorantes, eruditos ó sin letras, cada cual quiere conocer el por qué de las cosas; y no se consiente en creer, sino á condición de darse cuenta razonable de su creencia. Gracias á Dios, á pesar de lo que puedan dar á entender los clamores del enemigo, la fe no está muerta, y cuenta siempre con innumerables testigos; pero la llamada *fe del carbonero*, esa fe sencilla, confiada, serena, que lo acepta todo sin pedir razón, esa fe, si tiene aún representantes en nuestros días, tiende cada vez más á desaparecer. Es preciso, pues, ofrecer algún pábulo á ese legítimo y, en medio de todo, noble deseo de darse cuenta, que anima hoy los espíritus, así como también conviene retirar de las manos de nuestros enemigos las armas que nos pertenecen á nosotros.

«A las almas medrosas y timoratas que preguntan con un asombro no disimulado, «*á dónde se nos conduce con estas novedades exegeticas*», respondemos confiadamente con el señor abate Motais:—¿A dónde se os conduce?—«A donde os ha conducido la Iglesia con sus novedades teológicas. El edificio del dogma católico no se ha levantado en un día; lo han construido la discusión y el tiempo. Ayer, anteayer aun se colocaban en él nuevas piedras...»

«Otro tanto sucederá con la exégesis. La doctrina no se desarrolló y consolidó, sino combatiendo con el error, y la historia de sus progresos no es otra más que la de los errores humanos. Pues bien, lo que la herejía hizo en otro tiempo en el dominio de la teología, en el dominio del dogma, lo hace hoy el racionalismo, el pretendido *libre-pensamiento* (que no tiene por otra parte

nada de común con el pensamiento libre) en el terreno de la exegetica... Hasta tiempos aun muy recientes, las sagradas Escrituras no se habían visto atacadas más que por irregulares y guerrilleros. En nuestros días la armada de los grandes errores y de las grandes negaciones avanza contra ellas en masas compactas. El modo de defensa debe, pues, cambiar como el mismo ataque. Ante la invasión innumerable y docta, hay algunas de nuestras posiciones que, buenas en otro tiempo, no lo son ya hoy, no pudiendo servir más que al enemigo y en contra nuestra. Retirarle este beneficio, abandonándolas nosotros mismos para ocupar otras mejores, he ahí la obra de una exégesis acertada y que sabe sacar de descubrimientos á veces dirigidos contra la verdad, hasta una arma para su defensa. *Fas est et ab hoste doceri*».

«¿Cuál es la marcha, pregunta el Cardenal González (1), cuál es el procedimiento que debe adoptar hoy el exégeta y el teólogo cristiano en presencia del absorbente movimiento científico que invade todas las esferas de la vida intelectual en el hombre, que penetra todas las capas sociales, y en cuyo fondo palpitan, fermentan, y hasta puede decirse que predominan ideas y tendencias opuestas á la Biblia y á la doctrina católica? ¿Habrán de encerrarse aquéllos en el círculo de la revelación divina, ó al menos en el de la antigua exégesis, contentándose con negar y rechazar *a priori* los descubrimientos y las conclusiones ó afirmaciones todas de la ciencia moderna por el solo hecho de presentarse como en desharmonía con la enseñanza bíblica ó la verdad revelada?

»Marchar por semejante camino, sería hacer traición

(1) *Ob. cit. Evólogo*, p. XV y sigs., XXII y sigs.



á la verdad y á la causa misma de la fe. El escritor amigo de ésta, el apologeta cristiano tiene hoy el deber de indagar si esos descubrimientos, de que la ciencia y el hombre justamente se enorgullecen en nuestros días, contradicen realmente y se oponen á la verdad revelada, según pretenden algunos enemigos de ésta; y tiene igualmente la obligación de discutir y resolver si determinadas afirmaciones de la antigua exégesis pueden y deben ó no mantenerse en presencia de los descubrimientos y progresos realizados por las ciencias físicas y naturales en nuestro siglo.

»Y al obrar así, al marchar por este camino, obrará de conformidad con las máximas y la enseñanza de los antiguos doctores de la Iglesia, y de una manera especial, con las de Santo Tomás...

»Pero es el caso que aun dejando á un lado y prescindiendo de los hombres de reconocida incompetencia en estas cuestiones, no es raro tropezar con hombres de ilustración y saber, pero tan tímidos y de criterio tan estrecho, que suelen preguntar con cierta irritación y no menor espanto: ¿A dónde vamos á parar con semejantes audacias exegéticas? A las cuales puede y debe responderse: Vamos á parar á una exégesis idéntica á la de los antiguos Padres y Doctores de la Iglesia, en cuanto á su fondo, en cuanto á los principios, máximas y procedimientos esenciales, pero diferente en sus aplicaciones; á una exégesis más amplia y de horizontes más vastos que la de los antiguos, en relación con los datos y elementos nuevos de indagación suministrados por las ciencias físicas y naturales de nuestros días; á una exégesis que pudiéramos llamar bíblico-científica, encaminada á investigar, descubrir y probar la armonía que existe entre la palabra de Dios y la palabra de la ciencia;

á una exégesis, en fin, que escrute y fije las relaciones que existir pueden, y existan de hecho, entre las apreciaciones reales de la Biblia y las afirmaciones legítimas de la ciencia».

«En todo tiempo, añade (i), y más todavía en el nuestro, aconsejó y aconseja la prudencia, que pudiéramos llamar científico-cristiana, no lanzar gritos de alarma prematura en presencia de cualquiera teoría, de cualquier descubrimiento, de cualquiera hipótesis que á primera vista ofrezcan oposición más ó menos aparente á textos bíblicos. El escritor cristiano no debe perder la serenidad de espíritu por tan poca cosa. Que la ciencia remueva su suelo propio; que lance en todas direcciones sus miradas y sus investigaciones, que, usando de su legítimo derecho, marche á la conquista de la verdad por medio de la observación y del trabajo experimental. Nada de esto debe infundir temor al hombre de la verdad católica, porque el hombre de la verdad católica sabe muy bien que la fe nada tiene que temer, sino, antes bien, *mucho que esperar* de la ciencia desinteresada é imparcial, de la ciencia que busca la verdad por amor á la verdad sola, sin intenciones antirreligiosas, sin prejuicios en pro ni en contra de la idea cristiana. Por otra parte, conviene no echar en olvido que la exégesis cristiana, considerada en sí misma, no es necesariamente la verdad, sino que es la investigación de la verdad; este carácter, en el cual se asemeja á otras ciencias, entraña cierta amplitud é independencia en el criterio exegético.

»Y en verdad que esta amplitud de criterio, esta relativa libertad exegética, nunca ha sido tan conveniente y hasta necesaria como en nuestros días. La ciencia

(i) *Lug. cit.* p. XXIV y sig.

anticristiana y librepensadora se levanta de todos los puntos del horizonte para rechazar nuestros Libros Santos, para combatirlos rudamente, ahora con las armas del ridículo, ahora con argumentos más ó menos especiosos, tomados generalmente de las ciencias físicas y naturales. Pero el procedimiento más frecuente, á la vez que el más peligroso—al menos con relación á la generalidad de las gentes que leen,—de que suelen echar mano los representantes de la crítica racionalista y librepensadora, es rebatir y condenar en nombre de la ciencia antiguas interpretaciones de algunos textos bíblicos, hoy olvidadas y abandonadas, ciertas opiniones particulares de éste ó aquel comentarista, presentando esas opiniones é interpretaciones como otras tantas enseñanzas de la Iglesia, insinuando como de paso y dando á entender que ésta impone á los fieles la obligación de admitirlas, creerlas y defenderlas. Deber es, por lo tanto, y deber preferente del exégeta y del apologista católico en la actualidad, desvanecer esas equivocaciones, voluntarias ó involuntarias, rectificar semejantes ideas y apreciaciones, estableciendo oportuna separación y distinción entre la verdad dogmática contenida en el texto bíblico, entre la interpretación auténtica del mismo por la Iglesia, y la opinión más ó menos probable, la interpretación más ó menos autorizada y aceptable del texto aludido, expuesta y defendida por tal ó cual exégeta, siquiera se trate de alguno de los Padres y doctores más caracterizados de la Iglesia.

»Ni basta esto tampoco en las presentes condiciones de la controversia cristiana; es preciso demostrar á seguida que, entre la interpretación auténtica y dogmática del texto y las afirmaciones comprobadas de la ciencia, no existe contradicción alguna. A quien no acepte

este procedimiento, á quien quiera que no adopte y aplique este, que pudiéramos llamar, método exegético científico, no le será hoy posible, ni atraer á la doctrina católica al hombre que de buena fe se levanta contra ella en nombre de la ciencia, ni tampoco disipar las dudas, vacilaciones y ansiedades que las objeciones científicas, presentadas por el librepensamiento, producen en el espíritu de ciertos católicos, pero principalmente en el de aquellos que tropiezan con semejantes argumentos y objeciones contra la Biblia en academias, ateneos, revistas, periódicos, folletos de propaganda y demás elementos ó medios de cultura literaria general, pero no sólida ni cristiana, que hoy abundan».

**§ IV.—Alianza entre las ciencias filosóficas y las biológicas.—Funestas consecuencias del exclusivismo científico: modo de precaverlas: observaciones.**

Una de las principales causas de los abusos de las ciencias naturales es el exclusivismo de naturalistas y filósofos.

Bien sabida es, en efecto, la profunda aversión y menosprecio con que los hombres de ciencia suelen mirar la Metafísica, sólo por no conocerla; que, de no ser así, no despreciaran ciencia tan digna de estudio, ya por su intrínseca nobleza, ya por el vigor que á todas las ideas comunica, ya por la benéfica influencia que puede ejercer en todas las otras ciencias.

Por ignorar la Metafísica, y con ella las leyes fundamentales del discurso, se jactan de ocuparse sólo en